Göran Therborn

LAS CLASES EN EL SIGLO XXI

Aunque al siglo xx se le podrían adjudicar muchas posibles etiquetas, en términos de historia social fue indudablemente el siglo de la clase obrera. Por primera vez, trabajadores carentes de propiedades se convirtieron en una fuerza política fundamental y pertinaz. Esa novedad fue anunciada por el papa León XIII –dirigente de la organización social más antigua y mayor del mundo– en su encíclica *Rerum Novarum* de 1891. El papa señalaba que el desarrollo de la industria había propiciado «la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y la miseria (*inopia*) de la inmensa mayoría», pero que el periodo se caracterizaba también por «la mayor confianza de los obreros en sí mismos y la más estrecha cohesión entre ellos»[1]. A escala global, los sindicatos consiguieron introducirse en la mayoría de las grandes empresas industriales y también en muchas otras. Los partidos obreros se convirtieron en importantes fuerzas electorales –a veces dominantes– en Europa y sus descendientes de Oceanía (Australasia). La Revolución de Octubre en Rusia ofreció un modelo de organización política y de cambio social para China y Vietnam. India, bajo el mandato de Nehru, se impuso a sí misma como objetivo declarado seguir una «pauta socialista de desarrollo», y lo mismo hicieron la mayoría de los Estados poscoloniales. En muchos países africanos se hablaba de construir «partidos de la clase obrera» aunque en ellos el proletariado no llegara para llenar más que unas pocas aulas.

[1] *Rerum Novarum* (1891), según la versión en castellano de «La Santa Sede», disponible en http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum_sp.html, y también en la edición bilingüe en latín y castellano de Federico Rodríguez, *Doctrina Pontificia: Documentos sociales,* Madrid, 1964.

El Primero de Mayo comenzó a celebrarse como conmemoración de la masacre de Haymarket en Chicago en 1886 desde el año siguiente; en 1889 el Congreso de la Segunda Internacional convocó su celebración en todo el mundo, que efectivamente tuvo lugar en La Habana y otras ciudades latinoamericanas desde 1890. Las organizaciones obreras se convirtieron en una fuerza importante en las Américas, aunque en general subordinada. El *New Deal* estadounidense marcó una confluencia entre el liberalismo ilustrado y la clase obrera industrial, que consiguió organizarse durante los años de la Depresión mediante luchas heroicas. Puede que Samuel Gompers, fundador de la American Federation of Labor (AFL), representara mejor que nadie el sindicalismo de cortas miras de los obreros profesionales que precedió al *New Deal*, pero fue en cualquier caso un formidable negociador en nombre de los trabajadores cualificados que representaba su movimiento, honrado con un monumento en Washington muy superior a cualquiera de los dedicados a un líder obrero en París, Londres o Berlín[2].

La exigua clase obrera mexicana no fue protagonista de su revolución –aunque tampoco tuviera en ella un papel desdeñable– pero la elite posrevolucionaria dedicó mucha energía a absorber las organizaciones obreras en su maquinaria de poder. El primer presidente de la revolución, Venustiano Carranza, forjó su base social mediante un pacto con los obreros anarcosindicalistas de Ciudad de México (la Casa del Obrero Mundial), y en la década de 1930 Lázaro Cárdenas dio a las estructuras del nuevo orden una orientación explícitamente obrerista[3]. Aunque esto difícilmente se podría decir de Getúlio Vargas y su «Estado Novo» en Brasil, uno de sus legados fue un buen número de leyes laborales progresistas. En Argentina fue la movilización de la clase obrera, dirigida en particular por militantes trotskistas, la que llevó a Juan Perón al poder, garantizando desde entonces al sindicalismo argentino –o al menos a sus líderes– una influencia importante en el movimiento peronista. Los mineros bolivianos desempeñaron un papel central en la revolución de 1952, y cuando la producción de estaño se hundió en la década de 1980, fueron los mineros obligados a buscar trabajo en otros campos los que proporcionaron a Evo Morales y sus cocaleros una columna vertebral de cuadros disciplinados con gran capacidad organizadora.

---

[2] Aunque superado –merecidamente– por el erigido en memoria del sindicalista irlandés Jim Larkin en la calle O'Connell de Dublín, donde encabezó una famosa confrontación entre huelguistas y policías durante el cierre patronal de 1913.
[3] Diane Davis, *Discipline and Development*, Cambridge, 2004, pp. 287-301.

Quizá el mayor tributo a la centralidad de la clase obrera durante el pasado siglo fue el ofrecido por los enemigos más fanáticos de los movimientos obreros independientes, los fascistas. La idea «corporativa» con la que se pretendía unir al capital y al trabajo, acorralando en realidad a este último en un campo cercado por el capital y el Estado, era vital en la Italia de Mussolini. El movimiento que encabezaba Hitler se denominaba Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, y su Alemania se convirtió en el segundo país del mundo –por detrás de la Unión Soviética, pero por delante de Suecia– en establecer el Primero de Mayo como una fiesta oficial, el «Día del Trabajo Alemán». Durante los primeros ochenta años del siglo xx, los trabajadores no podían ser despedidos arbitrariamente. En caso de no estar de su parte, había que mantenerlos bajo un estrecho control.

Los obreros se convirtieron en héroes o modelos, no solo para los artistas izquierdistas de vanguardia, desde Brecht hasta Picasso, sino también para figuras más conservadoras como el escultor belga Constantin Meunier, creador de varias estatuas que representaban obreros en diferentes ocupaciones, y del proyecto de un ambicioso «Monumento al Trabajo» erigido póstumamente en Bruselas e inaugurado por el propio rey. En Alemania el escritor y militar prusiano Ernst Jünger compuso en 1932 un ensayo admirativo*, Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt*, en el que predecía el final de la *Herrschaft* [dominio] del tercer Estado, que sería sustituido por el de los trabajadores, al tiempo que «la democracia liberal lo sería por un *Arbeiterstaat* [Estado obrero][4]».

Aunque el siglo de la clase obrera acabó sin duda en derrota, desilusión y desencanto, también dejó tras de sí logros duraderos. La democracia como modelo político universal, cuyas violaciones requieren hoy día argumentos artificiosos, es uno de ellos. El movimiento obrero socialdemócrata fue el principal proponente de la reforma democrática, siguiendo el ejemplo de su predecesor cartista. Hasta 1918 la mayoría de los liberales y todos los conservadores estaban convencidos de que la democracia era incompatible con la preservación de la propiedad privada, por lo que exigían severas restricciones al derecho de voto y la libertad de los parlamentos[5]. La derrota del fascismo por un frente popular intercontinental de comunistas, liberales, socialdemócratas y conservadores como

[4] Ernst Jünger, *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt* (1932), Stuttgart, 1982, p. 312.
[5] Véase también mi artículo «The Rule of Capital and the Rise of Democracy», *nlr* I/103, mayo-junio de 1973.

Churchill y de Gaulle; la caída, que llevó más tiempo, de las dictaduras militares contrarrevolucionarias; y la desaparición del racismo institucional en Sudáfrica y Estados Unidos, establecieron la validez de los derechos humanos a escala global. El derecho de los trabajadores asalariados a organizarse y negociar colectivamente fue otro importante logro de la coyuntura de posguerra. Las fuerzas conservadoras han erosionado recientemente esos avances en Estados Unidos y en el Reino Unido, pero en el ínterin han ganado prestigio en todo el mundo llegando hasta los sectores económicos regulados en África y Asia, y mantienen su fuerza en América Latina y la mayor parte de Europa.

No se puede entender el siglo XX sin una comprensión plena de sus grandes revoluciones, la rusa y la china, con sus profundas repercusiones en Europa oriental, el Caribe y gran parte de Asia oriental y central, por no mencionar su influencia sobre el movimiento obrero y la política social en Europa occidental. Su valoración sigue siendo políticamente controvertida, y desde una perspectiva académica, prematura. Cierto es que esas revoluciones dieron lugar a una represión brutal y a episodios de arrogante crueldad modernista que generaron un vasto sufrimiento, como las hambrunas que tuvieron lugar durante los periodos de Stalin y Mao, pero sus resultados geopolíticos están igualmente más allá de toda duda, aunque ése no sea precisamente un criterio de validez desde la izquierda. La Rusia decadente y atrasada, derrotada por los japoneses en 1905 y en 1917 por los alemanes, se convirtió en la URSS: un Estado que derrotó a Hitler y se elevó al rango de segunda potencia mundial, llegando a parecer durante un tiempo un serio candidato a disputar la primacía a Estados Unidos. La Revolución China puso fin a ciento cincuenta años de decadencia y humillación del «Imperio del Centro», convirtiendo a China en una fuerza política global antes de que su avance por la vía capitalista la convirtiera en la segunda economía mundial.

Esas revoluciones del siglo XX han dejado al mundo al menos cuatro legados progresistas importantes. En primer lugar, su reto tuvo un efecto crucial sobre las reformas de posguerra en el mundo capitalista: la redistribución de la tierra en Japón, Taiwán y Corea del Sur, el desarrollo de los derechos sociales en Europa occidental y las reformas de la «Alianza para el Progreso» en América Latina tuvieron como inspiración común la «amenaza» comunista. En segundo lugar, la existencia de un bloque de poder rival con su propia ideología hizo mucho por debilitar el racismo y colonialismo euro-estadounidense. Eisenhower no habría

enviado tropas federales para poner en vigor el final de la segregación en Arkansas de no haber estado preocupado por ganar la batalla de la propaganda contra Moscú. Dos décadas después, las tropas cubanas hicieron retroceder al ejército sudafricano cuando trataba de conquistar Angola, y el régimen del apartheid no habría quedado tan eficazmente aislado sin la sombra arrojada por la Unión Soviética en la política global.

En tercer lugar, se piense lo que se piense del despiadado autoritarismo de sus dirigentes, el movimiento comunista contó con una cantidad extraordinaria de militantes sacrificados y entregados en todos los rincones del mundo. Su adulación de Stalin o Mao era desatinada, pero muy a menudo eran los mejores –a veces los únicos– amigos de los pobres y oprimidos. Su prolongado compromiso exige el respeto de todos los progresistas. Finalmente, y de importancia más cuestionable, existe un legado organizativo que sigue siendo un factor importante en el mundo moderno. Los Estados de las dos grandes revoluciones pueden no seguir siendo faros de esperanza, pero son esenciales para conservar cierto grado de pluralismo geopolítico (y esto incluye a la Rusia poscomunista). La perdurabilidad de Estados dirigidos por comunistas después de 1989-1991 significa que la opción socialista permanece abierta en cierta medida. Si los dirigentes de la República Popular llegaran a concluir que China requiere una base económica socialista para mantener su fuerza nacional, o que nuevos progresos por la vía capitalista ponen en peligro su cohesión social, todavía disponen del poder y los recursos necesarios para cambiar de vía.

Los partidos comunistas o sus descendientes conservan cierta fuerza en muchos países. El comunismo tiene una presencia significativa en la escena política india, aunque se haya escindido en fuerzas enfrentadas: los maoístas mantienen una guerra de guerrillas en regiones tribales, mientras que el Partido Comunista de India (marxista) intenta recuperarse de las graves derrotas electorales tras su experiencia gubernamental en Kerala y Bengala occidental. Hay partidos comunistas sustanciales en Grecia, Portugal, Japón, Chile y la República Checa. Los comunistas griegos y portugueses han desempeñado un importante papel en movilizaciones obreras contra la imposición de las medidas de austeridad económica dictadas por los dirigentes de la eurozona, y la coalición SYRIZA, dirigida por antiguos eurocomunistas, obtuvo el segundo lugar, con muy escasa diferencia, en las elecciones, de mayo primero y luego de junio de 2012. Entre los frutos más innovadores

de la tradición comunista europea está el partido alemán *Die Linke* [La Izquierda], donde se han unido comunistas reformistas y socialdemócratas de izquierdas, así como, varias otras formaciones poscomunistas dignas de mención, desde el *Vänsterpartiet* [Partido de la Izquierda] sueco, al AKEL que ha gobernado en Chipre entre 2001 y 2013, cuando ganó las elecciones presidenciales (en la segunda vuelta) el conservador Nikos Anastasiadis.

El Partido Comunista sudafricano forma parte del bloque gobernante a través de su alianza con el Congreso Nacional Africano; el Partido Comunista do Brasil tiene un papel menor en el gobierno nacional, al igual que los comunistas indios hasta hace muy poco. Los comunistas han vuelto recientemente al parlamento chileno tras un hiato de casi cuarenta años tras el golpe de Pinochet, y la primavera árabe de 2011 hizo posible la reaparición de grupos de izquierda enraizados en la tradición comunista, aunque siguen siendo marginales en la vida política. En Indonesia, en cambio, el renacimiento de la democracia no ha dado nueva vida al partido destruido en 1965 por una de las mayores masacres políticas del siglo, que probablemente excedió, en términos relativos, a las purgas estalinistas de 1937-1938. En otros lugares es de señalar lo rápidamente que se evaporó la tradición comunista después de 1989, abrazando sus partidos el nacionalismo conservador –como en Rusia y las repúblicas de Asia central– o la socialdemocracia de derechas, como en el caso de Polonia y Hungría. Los comunistas italianos consideraron que hasta la palabra «social» era demasiado izquierdista para su gusto, prefiriendo presentarse a sí mismos como Partito Democratico, sin adjetivos, emulando al estadounidense.

El ala reformista del movimiento obrero del siglo XX también nos ha dejado un legado duradero bajo la forma de uno de los principales partidos de gobierno en la mayoría de los países europeos. Actualmente existe un movimiento sindical de ámbito verdaderamente global –algo que no existía hace un siglo– aunque su penetración fuera de Europa occidental sea limitada, si bien hay países como Brasil, Argentina o Sudáfrica excepcionales por la fuerza de sus sindicatos. Los partidos socialdemócratas y laboristas se mantienen, a menudo con electorados mayores que a principios del siglo pasado. Se han implantado en nuevos territorios en América Latina y ciertos países de África, pero los nuevos miembros ganados por la Internacional Socialista han tenido a veces como contrapartida el abandono de cualquier atisbo de principios y la incorporación

a sus filas de personajes tan dudosos como Laurent Gbagbo o Hosni Mubarak y su séquito político.

La socialdemocracia de centroizquierda moderna puede ser todavía una fuerza progresista en algunos terrenos como el de los derechos de la mujer, los niños y los homosexuales; pero sus partidos han capitulado en lo esencial ante el liberalismo de un tipo u otro en el campo de la política económica. Su base original en la clase obrera ha quedado políticamente marginada y erosionada por el cambio social. Durante la actual crisis europea la actuación de los partidos socialdemócratas ha oscilado entre una respetabilidad mediocre y una patética pérdida de rumbo. El Estado del bienestar –un Estado que garantizaba derechos sociales universales–, el logro más importante del reformismo del siglo xx, se ve actualmente atacado y débilmente defendido. El tema más coherente de la errática campaña de Romney en las elecciones presidenciales estadounidenses fue su ataque a los «derechos adquiridos» en los países europeos. En el Reino Unido tanto los conservadores como los nuevos laboristas han venido socavando el Estado del Bienestar británico durante décadas, aunque todavía harán falta varios ciclos electorales hasta derruir esa fortaleza. En los paises de la otan, el Estado del bienestar ha recibido algunos golpes muy duros, sobre todo en los países donde era más escuálido, pero tampoco podrá ser desmantelado de inmediato. Sus principios políticos, por el contrario, han extendido su alcance global, encontrando eco en China y otros países asiáticos y consolidando su influencia en gran parte de América Latina. Puede que en China e Indonesia se establezca el seguro sanitario universal mucho antes que en Estados Unidos.

Explicación de la derrota

Cabe pues constatar logros progresistas duraderos obtenidos durante el siglo xx; pero las derrotas de la izquierda al finalizar el siglo deben también recibir una explicación. La escuela euro-estadounidense dominante no puede explicar cómo pudo tener tanto éxito la contrarrevolución capitalista. Marx había predicho un choque entre fuerzas y relaciones de producción –las primeras de carácter cada vez más social, y las segundas privadas y capitalistas– que se iría agravando con el tiempo. Ésta era la Gran Dialéctica marxista, y dejando a un lado sus sones apocalípticos, ha sido confirmada con el paso del tiempo. Las comunicaciones, el transporte, la energía y los recursos naturales estratégicos fueron

separados en general de la esfera puramente capitalista y situados bajo propiedad del Estado o una severa regulación pública. El matiz ideológico de los gobiernos pudo influir en la forma de ese proceso, pero rara vez en su contenido. La inversión pública en educación e investigación se hizo decisiva para la competencia económica, alcanzada por ejemplo mediante el gasto militar en Estados Unidos, donde dio lugar, entre otras cosas, al sistema de posicionamiento global (GPS) y a Internet.

La década de 1970 conoció la culminación del siglo del movimiento obrero, tanto en lo que atañe a la organización sindical como en militancia –fue durante esta época cuando el sindicato de mineros británico pudo derribar el gobierno de Edward Heath– y la penetración a gran escala de las ideas radicales, desde el fondo para los asalariados propuesto por la socialdemocracia sueca hasta el Programa Común de la izquierda francesa, con sus propuestas de nacionalización generalizada y de una «ruptura con el capitalismo». Pocos percibieron entonces que aquello no era más que su canto del cisne. Eric Hobsbawm fue uno de los escasos analistas importantes en señalarlo en su conferencia de 1978 «¿Se ha interrumpido el avance del movimiento obrero?»[6]. Los sellos políticos de la nueva era estaban todavía por estamparse, pero no tardarían en hacerse evidentes: las victorias electorales de Thatcher y Reagan en 1979-1980 fueron seguidas por la capitulación del gobierno de Mitterrand ante el neoliberalismo en 1983 y el abandono del plan Meidner por los socialdemócratas suecos.

La Gran Dialéctica había quedado interrumpida e incluso revertida. El triunfo del neoliberalismo no fue solo una cuestión de ideología; como los marxistas deberían haber anticipado, tenía una sólida base material. La financiarización –un conjunto de procesos que incluyen la liberalización de los flujos de capital, la expansión del crédito, el comercio digital y el depósito de capitales en fondos de pensiones y seguros– generó enormes concentraciones de capital privado que iban mucho más allá de los nuevos casinos financieros. En el verano de 2011 Apple tenía más liquidez que el gobierno estadounidense. La revolución electrónica permitió que la gestión privada funcionara desde lejos, estableciendo cadenas productivas globales y disolviendo las viejas economías de escala. En

[6] Eric Hobsbawm, «The Forward March of Labour Halted?», *Marxism Today*, septiembre de 1978. La honradez me exige reconocer que recibí con escepticismo sus argumentos en mi artículo «The Prospects of Labour and the Transformation of Advanced Capitalism», *NLR* I/145, mayo-junio de 1984.

este nuevo contexto, la privatización y la mercantilización sustituyeron a la nacionalización y la regulación como núcleo ubicuo de la política gubernamental.

Junto con la Gran Dialéctica podemos hablar de una Pequeña Dialéctica, según la cual el desarrollo capitalista generaba la fuerza de la clase obrera y su oposición al capital. También ésta se vio en retirada cuando los países ricos comenzaron a desindustrializarse. Ahí debemos reconocer una transformación estructural de enorme importancia, que redujo el peso de la industria en el capitalismo desarrollado, iniciada justo antes del apogeo de poder de la clase obrera. La industria se desplazó fuera de Europa y Estados Unidos. En los nuevos centros de producción industrial –sobre todo en Asia oriental– la Pequeña Dialéctica tardó en tener efecto, pero ahora podemos detectar sus consecuencias, visibles primeramente en Corea del Sur durante la década de 1980 y actualmente en toda China, aunque la organización y las protestas obreras suelan quedar confinadas en entornos locales. Los salarios y las condiciones de trabajo están mejorando allí significativamente. En 2002 China tenía el doble de empleados industriales que todos los países del G7 juntos[7].

Naciones y clases

Parece un tanto paradójico que podamos hablar del siglo XX como el siglo de la clase obrera. Aunque puede haber sido la época de la igualación de las clases *dentro* de las naciones, como consecuencia de las luchas obreras, fue también la época de mayor desigualdad *entre* las naciones a escala global. El «desarrollo del subdesarrollo» durante los siglos XIX y XX significó que la desigualdad entre los seres humanos estaba en gran medida determinada por el lugar donde vivían. En 2000 se estimaba que el 80 por 100 de la desigualdad de ingresos entre los hogares podía atribuirse al país de residencia[8]. Pero en el siglo XXI las naciones convergen mientras que las clases divergen.

Las últimas dos décadas han sido buenas en general para las naciones pobres del mundo. Los motores económicos de Asia –China, India y los países miembros de la ASEAN– vienen creciendo con una tasa que duplica la media global. Desde 2001 el África subsahariana viene también

[7] Judith Banister, «Manufacturing employment in China», *Monthly Labor Review*, julio de 2005, p. 11.
[8] Branko Milanovic, *The Haves and the Have-Nots*, Nueva York, 2011, p. 112.

superando la media mundial y la de sus «economías avanzadas», después de haber quedado trágicamente tan atrás durante el último cuarto del siglo XX. El crecimiento de los países latinoamericanos también ha superado en general al de los países más desarrollados desde 2003. Con la excepción de la Europa poscomunista, las «economías emergentes y en vías de desarrollo» también han capeado la crisis de los banqueros anglosajones mejor que el mundo rico. Ahí, creo, estamos experimentando un viraje histórico, no solo geopolítico, sino también en términos de desigualdad. La desigualdad transnacional se está atenuando en todas partes, aunque la brecha entre los ricos y los más pobres no haya dejado de crecer. Pero la desigualdad en el interior de las naciones está en general creciendo, aunque desigualmente, por lo que no podemos hablar de una lógica universal de «globalización» o cambio tecnológico sin forzar los hechos.

Esto equivale al regreso de la clase como determinante cada vez más poderoso de la desigualdad. Esta tendencia se reafirmó durante la década de 1990, época en la que la diferencia de ingresos en China –y en la Rusia postsoviética– aumentó vertiginosamente, mientras que la modesta tendencia al ajuste en la India rural se invirtió. En América Latina, México y Argentina sufrieron los embates del neoliberalismo. Un estudio del FMI ha mostrado que a escala global, el único grupo que ha aumentado su participación en la renta durante la década de 1990, tanto en los países de elevados ingresos como en los de bajos ingresos, fue el quintil nacional más rico, mientras que los demás se vieron menoscabados[9]. Los cambios más importantes han tenido lugar en lo más alto de la escala de ingresos. Entre 1981 y 2006 el 0,1 por 100 más rico incrementó su cuota en la renta estadounidense en seis puntos; el resto del infame 1 por ciento lo hizo en cuatro puntos. El 9 por 100 inmediatamente inferior mejoró o mantuvo su cuota, mientras que los nueve décimos restantes de la población perdieron terreno[10]. En un año de modesta recuperación posterior a la crisis de 2008-2009, el percentil más rico acaparó un asombroso 93 por 100 de todas las mejoras de ingresos en Estados Unidos[11].

---

[9] International Monetary Fund, *World Economic Outlook 2007*, Nueva York, 2007, p. 37.
[10] «Top 1% increase share of US income», *International Herald Tribune*, 27 de octubre de 2011; «Oligarchy, American style», *IHT*, 5-6 de noviembre de 2011.
[11] «Wealth disparity a drag on economic growth», *IHT*, 17 de octubre de 2012.

Las mismas tendencias antigualitarias han venido observándose en China e India, aunque la cuota de riqueza que corresponde al 1 por 100 más rico es mucho menor que en Estados Unidos: alrededor del 10 por 100 en India y del 6 por 100 en China (antes de impuestos)[12]. El «milagro» indio no ha significado apenas nada para el 20 por 100 más pobre de los niños indios, dos tercios de los cuales estaban subalimentados en 2009, exactamente la misma proporción que en 1995. El rápido crecimiento económico de gran parte del antiguo Tercer Mundo durante la primera década del siglo XXI ha afectado poco al hambre global: el número de personas subalimentadas aumentó de 618 a 637 millones entre 2000 y 2007, y el precio de los alimentos ha seguido aumentando[13]. Al otro extremo de la escala, la revista *Forbes* ensalzaba los récords alcanzados por la clase milmillonaria, más numerosa que nunca en marzo de 2012 –1.226 personas, entre ellas 425 estadounidenses, 95 chinos y 96 rusos–, con una riqueza total de 4,6 billones de dólares, esto es, más que el PIB total de Alemania[14]. No tenemos por qué suponer que tales procesos eran inevitables. América Latina, después de haber sido la región más desigual del mundo, ha virado en dirección opuesta y ahora es el único lugar en el que la desigualdad está decreciendo[15], lo que refleja una reacción popular contra el neoliberalismo de los regímenes militares y sus sucesores civiles materializada en las políticas de redistribución adoptadas por los gobiernos de Brasil, Argentina, Venezuela y otros países durante la última década.

Otra forma de comparar las diferencias entre clases en los distintos países consiste en atender a su Índice de Desarrollo Humano, que incluye los ingresos, la esperanza de vida y la educación, aunque su cálculo sea una operación heroica y muy complicada con un margen de error considerable. Aun así, ofrece una impresión global de las desigualdades a escala mundial. El quintil estadounidense más pobre tiene un nivel de desarrollo humano más bajo que el quintil más rico en Bolivia, Indonesia y Nicaragua; cae por debajo del 40 por 100 más afortunado de los brasileños y peruanos y se mantiene a un nivel parejo con el cuarto

---

[12] A. B. Atkinson y T. Piketty (eds.), *Top Incomes: A Global Perspective*, Oxford, 2010, p. 46.
[13] UN, *The Millennium Development Goals Report 2011*, pp. 11-14.
[14] *Forbes*, 7 de marzo de 2012.
[15] CEPAL, *La hora de la igualdad*, Santiago, 2010; Giovanni Andrea Cornia y Bruno Martorano, «Policies for reducing income inequality: Latin America during the last decade», UNICEF *Working Paper*, Nueva York, 2010; UNDP, *Regional Human Development Report for Latin America and the Caribbean*, Nueva York, 2010.

quintil de Colombia, Guatemala y Paraguay[16]. La importancia de la clase es también probable que aumente por razones distintas de la convergencia económica nacional. Las desigualdades de raza y de género, aunque no han desaparecido, han perdido parte de su relevancia siendo de destacar el caso de la desaparición del *apartheid* en Sudáfrica. Este último país ofrece ahora uno de los ejemplos más espectaculares de polarización de clases, tras la desaparición del racismo institucional. Los economistas del Banco Mundial han estimado que el coeficiente de Gini de desigualdad de ingresos entre los hogares del mundo se situaba entre 0,65 y 0,7 a principios del nuevo siglo, pero en 2005 era de 0,75 en la ciudad de Johannesburgo[17]. Aun admitiendo cierto margen de error, podemos concluir que en esa ciudad se da tanta desigualdad como en el conjunto del planeta.

Las clases y los conflictos entre ellas se desarrollarán durante el siglo XXI en dos nuevas configuraciones, ambas principalmente no europeas y con su centro de gravedad muy al sur de *Otanlandia*. Una de ellas se verá probablemente impulsada por las esperanzas y resentimientos de la clase media. La otra encontrará su base entre los trabajadores y las clases populares en toda su diversidad –los *plebeyos*– más que en el proletariado. En ambas configuraciones podemos distinguir dos vías concebibles en el futuro.

¿Hacia un siglo de la clase media?

Se viene asentando ya la idea del siglo XXI como la época de la clase media mundial. Los trabajadores del siglo pasado han sido barridos de la memoria; el proyecto de emancipación universal dirigido por el proletariado se ha visto reemplazado por la aspiración universal al estatus de clase media. Dilma Rousseff, la antigua guerrillera que sustituyó en enero de 2011 a Lula como presidente de Brasil, ha declarado que su deseo es «transformar Brasil en una población de clase media»[18]. En su

---

[16] M. Grimm *et al.*, «Inequality in Human Development: An Empirical Assessment of 32 Countries», *Social Indicators Research*, vol. 97, núm. 2, 2010.

[17] Branko Milanovic, «Global Inequality Recalculated and Updated», *Journal of Economic Inequality*, vol. 10, núm. 1, 2012; UN Habitat, *The State of the World's Cities*, Londres, 2008, p. 72.

[18] Joe Leahy, «*FT* interview: Dilma Rousseff», *FT*, 3 de octubre de 2012. Su mentor político había expresado ya su compromiso con la clase media emergente cuando se presentó a la reelección en 2006: «En Brasil está surgiendo una nueva clase media. Si soy reelegido prestaré una atención especial a ese grupo». Richard Bourne, *Lula of Brazil*, Londres, 2010, p. 204.

informe sobre las perspectivas globales para 2012, la OCDE hablaba de la necesidad de «apuntalar la clase media emergente», mientras que Nancy Birdsall, del Centro para el Desarrollo Global, se ha referido a la «indispensable clase media» y ha urgido un giro del «crecimiento en favor de los pobres» al «crecimiento en favor de la clase media» como objetivo de los políticos y gobernantes[19].

Las definiciones de este estrato social varían ampliamente, pese a su supuesta centralidad. Tomemos nota de tres intentos de perfilar sus contornos; ninguno de ellos es concluyente, pero cada uno de ellos es ilustrador. Martin Ravallion, del Banco Mundial, sitúa a la clase media de los países en vías de desarrollo en una banda media de ingresos de entre 2 y 13 dólares al día; el primero representa el umbral de pobreza del propio Banco Mundial, y el segundo el umbral de pobreza en Estados Unidos. En su opinión, esa «clase media» ha pasado de constituir un tercio de la población del mundo en desarrollo en 1990 a casi la mitad en 2005, lo que significa un incremento en términos absolutos de 1.200 millones de personas. Esta capa incluiría casi dos tercios de la población china pero solo un cuarto de los que viven en Asia del Sur y el África subsahariana[20]. Nancy Birdsall, quien considera la clase media como un agente político liberal, sitúa el límite inferior más alto, en 10 dólares al día, esforzándose por distinguir a la clase media de quienes cabría calificar como ricos, por lo que sus ingresos no deberían situarlos entre el 5 por 100 más rico de sus compatriotas. Según ese criterio, la China rural no tiene una clase media de la que valga la pena hablar; lo mismo se podría decir de India, Pakistán, Bangladesh o Nigeria. En la China urbana cae dentro de esa categoría el 3 por 100 de la población; en Sudáfrica, el 8 por 100, llegándose al 19 por 100 en Brasil y al 28 por 100 en México, con un máximo del 91 por 100 en Estados Unidos[21].

Dos distinguidos economistas especialistas en la pobreza, Abhijit Banerjee y Esther Duflo ofrecen una perspectiva basada en estudios sobre los hogares de 13 países –entre los que se encuentran Tanzania, Pakistán e Indonesia–, concentrándose en aquéllos cuyos ingresos

---

[19] OCDE, *Perspectives of Global Development 2012*, París, 2011, p. 103; Nancy Birdsall, «The (Indispensable) Middle Class in Developing Countries», *Center for Global Development Working Paper 207*, Washington, 2010.
[20] Martin Ravallion, «The Developing World's Bulging (but Vulnerable) Middle Class», *World Development*, vol. 38, núm. 4, 2010.
[21] N. Birdsall, «The (Indispensable) Middle Class in Developing Countries», Apéndice: Cuadros 3, 4, 7.

varían entre 2 y 10 dólares al día, y se preguntan si verdaderamente se pueden considerar como clase media. Su descubrimiento más notable es que esa «clase media» no es más empresarial en su actitud con respecto a los ahorros y el consumo que los pobres situados por debajo del umbral de los 2 dólares diarios. El rasgo característico de sus miembros es que tienen un trabajo asalariado fijo[22], por lo que cabría describirlos colectivamente como una clase obrera con una situación estable más que como una nebulosa clase media. El gobierno brasileño suele insistir en la vulnerabilidad de la clase media, supuestamente siempre al borde de caer en la pobreza, por lo que necesita cuidadosa atención y apoyo[23]. En Asia –en particular en Asia oriental– no es tan evidente esa preocupación.

En China la clase o estrato medio se ha convertido en un importante tema de discusión en los círculos académicos y en los medios desde finales de la década de 1990. Hasta entonces la mera mención estaba prohibida y algunos de sus defensores todavía lamentan la «presión ideológica» que niega su plena legitimidad social como clase[24]. Los sociólogos chinos tienden ahora a idealizar a la clase media, recurriendo a estereotipos estadounidenses y evitando cualquier discusión crítica del concepto, mientras que los medios de comunicación chinos, cuyo enfoque está en gran medida inspirado por las publicaciones estadounidenses –desde *Vogue* hasta *Businessweek*–, ahora fácilmente accesibles en China, suelen considerarla como objetivo primordial de audiencia[25]; también se estima como baluarte de estabilidad y moderación política para los próximos años. Algunos comentaristas perspicaces han señalado, no obstante, que los fundamentos de esa nueva clase media están determinados por la diferencia cada vez mayor de ingresos: China es ahora el país más desigual de Asia, habiendo aumentado su coeficiente de Gini desde 0,21 en la década de 1960 hasta 0,46 en el momento actual[26]. En India también

---

[22] Abhijit Banerjee y Esther Duflo, «What is Middle Class about the Middle Classes around the World?», MIT *Department of Economics Working Paper*, núm. 7-29, 2007.
[23] Ricardo Paes de Barros *et al.*, *A nova classe média brasileira: desafíos que representa para a formulacão de políticas públicas*, Brasilia, 2011.
[24] Xiaohong Zhou, «Chinese Middle Class: Reality or Illusion?», en Christophe Jaffrelot y Peter van der Veer (eds.), *Patterns of Middle Class Consumption in China and India*, Nueva Delhi, 2008, p. 124.
[25] He Jin, «The Transformation and Power of "Middle Class" Language in Chinese Media Publications», en Li Chunling (ed.), *The Rising Middle Classes in China*, Milton Keynes, 2012.
[26] Zhou Xiaohong y Qin Chen, «Globalization, Social Transformation and Construction of the Chinese Middle Classes», en Li Chunling *(ed.)*, *The Rising Middle Classes in China*, cit., p. 52.

aumentó el consumo ostentoso de la clase media a raíz de la liberalización económica, poniéndose de manifiesto su triunfalismo en el eslogan electoral en 2004 de la derecha hindú [Bharatiya Janata]: «India brillante». Sin embargo, el panorama ideológico era allí mucho más complejo y disputado que en China, y se alzaron voces críticas contra una clase calificada como «moralmente desorientada, obsesivamente materialista y socialmente insensible»[27]. La campaña «India brillante» tuvo un efecto contraproducente y el Partido del Congreso volvió al gobierno.

¿Consumo o democracia?

En un mundo en el que la modernidad de la clase obrera y el socialismo han sido declarados obsoletos, la sociedad de clase media se ha convertido en símbolo de un futuro alternativo. Los países desarrollados del Atlántico Norte son calificados retrospectivamente como de clase media, aunque ésa sea una noción estadounidense que nunca prendió realmente en Europa. El núcleo de esa utopía es un sueño de consumo sin límites, de una clase media que toma posesión de la tierra, compra automóviles, casas y una variedad infinita de artículos electrónicos, y mantiene una industria turística mundial. Aunque ese consumismo globalizado puede suscitar pesadillas en la gente ecológicamente consciente, les hace la boca agua a los hombres de negocios y sus publicaciones. El consumo de la clase media tiene también la gran ventaja de facilitar los privilegios de los ricos al tiempo que ofrece un horizonte aquiescente de aspiraciones a las clases populares. El lado oscuro de ese sueño es su exclusivismo intrínseco. La gente que no es de clase media –o ricos– carece de rasgos o activos redentores. No son más que «perdedores», como se dijo en la bronca televisada que sembró la semilla del Tea Party estadounidense en 2009. Son la «infraclase», la «chusma». En el mundo en vías de desarrollo, la «limpieza» de los espacios públicos que excluye a los pobres de las playas, parques, calles y plazas, es una manifestación de esa siniestra tendencia. Un ejemplo especialmente escandaloso es el vallado de la enorme Plaza de la Independencia [*Medan Merdeka*] de Yakarta con su fálico monumento nacional, convirtiéndola en «una especie de parque temático exclusivo para la clase media» y privando a los pobres de su única área recreativa[28].

---

[27] Pawan Varma, *The Great Indian Middle Class*, Nueva Delhi, 1998, p. 174.
[28] Lizzy van Leeuwen, *Lost in Mall*, Leiden, 2011, pp. 64, 192.

Los medios de comunicación liberales suelen considerar a la clase media en ascenso como vanguardia de la reforma democrática, pero las discusiones académicas sobre la clase media asiática son bastante menos candorosas con respecto a su probable papel político. Una importante investigación concluyó que «las clases medias suelen ser "situacionales" en sus actitudes hacia la reforma y la democracia»[29]. La aversión a la clase política india ha generado un raro fenómeno político, con una menor participación electoral de las capas más altas de la escala social que de los antiguos «intocables» [*dalit*] y los pobres. En las elecciones de 2004 votaron el 63,3 por 100 de los *dalit* y solo el 57,7 por 100 de las castas superiores[30]. Los latinoamericanos han aprendido ya de su amarga experiencia durante el siglo XX que la clase media no es de por sí intrínsecamente democrática –sus miembros se opusieron activamente en su mayoría a la democracia en Argentina (1955-1982), Chile (1973) y Venezuela (2002)–, sino «situacionalmente» (oportunistamente) democrática o antidemocrática.

Ahí existe otro escenario para la clase media al que se refiere de pasada el artículo de Birdsall, que prevé una confrontación entre los más ricos y el resto, en el que se incluiría con un importante papel la clase media. Como ha señalado el sociólogo Alvin Y. So, de las universidades de Hong Kong, cabe aducir el caso de Asia oriental en defensa de esa tesis, ya que en esa región los profesionales de clase media se han situado a menudo «en la primera línea de las protestas antiestatales», por no mencionar las manifestaciones contra el FMI o el militarismo estadounidense[31]. El alineamiento de la clase media junto a las masas contra la oligarquía, decisivo en la «primavera de los pueblos» de 1848, se ha vuelto a dar en los levantamientos de 2011 en ambos lados del Mediterráneo. En El Cairo, al igual que en Túnez, Barcelona y Madrid, profesionales de mediana edad se unieron en las manifestaciones a los estudiantes y jóvenes desempleados. Los pertenecientes al primer grupo eran a menudo padres y madres de los segundos, en una solidaridad intergeneracional que no conocieron los radicales de 1968.

[29] Hsin-Huang Hsiao, «Prioritizing the Middle Classes: Research in Asia-Pacific», en Hsin-Huang Hsiao (ed.), *The Changing Faces of the Middle Classes in Asia-Pacific*, Taipei, 2006, p. 7.
[30] Ch. Jaffrelot, «The Indian middle class and the functioning of the world's largest democracy», en Ch. Jaffrelot *et al.* (eds.), *Patterns of Middle Class Consumption in China and India*, cit., p. 47.
[31] Alvin So, «Historical Formation, Transformation and the Future Trajectory of Middle Classes in Asia», en Hsiao (ed.), *Changing Faces of the Middle Classes in Asia-Pacific*, cit., p. 32.

Aunque ninguna democracia tendría por qué depender de una clase media, en ciertas ocasiones las movilizaciones de ésta contra un gobierno autoritario han sido decisivas. La revolución más importante de la clase media en el siglo XXI ha sido hasta ahora indudablemente la egipcia, debido al tamaño e importancia regional del país. Es todavía demasiado pronto, por supuesto, para extraer conclusiones solidos, en particular desde lejos, pero se pueden aventurar unas cuantas observaciones. Aunque la revolución tuvo como desencadenantes acontecimientos y fuerzas exteriores, la crisis financiera del Norte global no tuvo nada que ver con ella: un análisis del FMI sobre la economía egipcia en vísperas de la caída de Mubarak predecía una época favorable. El detonante fue el levantamiento tunecino. Como en el resto del norte de África, la enseñanza superior se ha extendido rápidamente en los últimos años, incorporando a muchas jóvenes que iban escapando así del patriarcado oficial; pero esta nueva clase media educada está constituida en gran medida por graduados subempleados o desempleados, por lo que no se puede hablar de una *Bildungsbürgertum* egipcia[32].

Por otra parte, el régimen político no era únicamente corrupto y opresor, sino que no tenía perspectivas que ofrecer, ni a la nueva generación de graduados ni a sus mayores mal pagados de la anterior. Hazim Kandil ha llamado la atención sobre el efecto «mazo» de la camarilla neoliberal reunida en torno al supuesto heredero Gamal Mubarak. Lo que quedaba del legado nasserista estaba siendo repartido entre los grandes magnates privados. Los lazos que habían vinculado a la clase media con el régimen fueron cortados por éste[33]. Como en 1848 en Europa, la clase obrera egipcia también participó en el proceso revolucionario, aunque no como su fuerza principal: el recuerdo de pasadas batallas –como la huelga reprimida por las fuerzas de seguridad en El Mahalla El Kubra en 2008– contribuyó en buena medida a la movilización[34]; pero la revolución de la clase media egipcia tuvo pronto que afrontar el problema del «18 Brumario», en concreto la brecha entre los elementos radicales concentrados en las ciudades y una población rural muy conservadora de tamaño mucho mayor. Los radicales egipcios sufrieron una derrota electoral, como había sucedido con sus predecesores franceses siglo y

---

32 Paul Mason, *Why It's Kicking Off Everywhere*, Londres y Nueva York 2012; Manuel Castells, *Networks of Outrage and Hope*, Cambridge, 2012.
33 Hazem Kandil, «Why Did the Egyptian Middle Class March to Tahrir Square?», *Mediterranean Politics*, julio de 2012.
34 P. Mason, *Why It's Kicking Off Everywhere,* cit., p. 10.

medio antes. Esto no significa que la revolución de 2011 haya sido derrotada definitivamente, del mismo modo que la victoria de Napoleón III no borró totalmente los efectos de 1848, pero sí señala la debilidad de las rebeliones de la clase media, incluso en su forma más enérgica y radical.

El consumismo de la clase media se ha extendido por todo el mundo, como se puede constatar visitando cualquier gran centro comercial de Lima, Nairobi o Yakarta. Sin embargo, los sueños consumistas de los académicos liberales y los asesores en mercadotecnia son todavía en buena medida proyecciones hacia un futuro imaginado. Las esperanzas de estabilidad política se han visto sacudidas al irrumpir en escena las rebeliones de la clase media. Las manifestaciones de ese espíritu rebelde varían mucho en forma e ideología: revoluciones en el norte de África, campaña de Anna Hazare contra la corrupción política en India, Tea Party en Estados Unidos, apoyo activo de la clase media chilena a un movimiento estudiantil radical... En algunos países pueden surgir incluso movimientos de clase media rivales, como sucedió en Tailandia, donde los Camisas Amarillas conservadores se enfrentaron a los Camisas Rojas más plebeyos y provincianos. No debería sorprendernos que se produjeran nuevas conmociones, con resultados impredecibles, cuando la clase media indignada vuelva a tomar las calles.

Posibilidades de la clase obrera

Los tiempos en que la clase obrera podía verse como el futuro del desarrollo social pueden haber acabado hace muy poco, pero es improbable que vuelvan. El momento culminante del capitalismo industrial en Europa y Norteamérica dio poder a su principal oponente, el movimiento obrero, tal como había predicho Marx, pero esos tiempos han quedado atrás. Las economías desarrolladas se están desindustrializando y su clase obrera está dividida, derrotada y desmoralizada. La batuta de liderazgo industrial ha pasado a China, centro emergente de la capacidad industrial mundial. Sus trabajadores industriales son todavía en gran medida inmigrantes en su propio país, al persistir el sistema *hukou* de derechos vinculados al lugar de nacimiento, la ciudad o el campo, pero el crecimiento industrial chino está reforzando la influencia de los trabajadores, como habría esperado Marx: las huelgas se han hecho más frecuentes y los salarios están aumentando. No se puede excluir una nueva oleada de conflictos sociales con respecto a la distribución de la riqueza, desplazados ahora de Europa a Asia oriental. Las autoridades chinas son muy

conscientes de ello, por supuesto, y la legislación laboral china pretende poner freno al capitalismo desbocado; lo más notable a este respecto es la ley de contratos laborales que entró en vigor en 2008. Al mismo tiempo están proliferando centros locales de «servicios» y «asesoramiento» para la clase obrera, en muchos casos con financiación extranjera, que ocasionalmente pueden cooperar con los sindicatos oficiales o el comité local del partido, aunque probablemente en muchos más casos los gobiernos locales se alineen con los patronos[35]. En cualquier caso, la nueva legislación, los vestigios residuales de la herencia comunista y la difusión de los medios electrónicos ofrecen mayor margen de maniobra para una organización autónoma de la clase obrera, que aunque no cambie el sistema social a corto plazo, puede proporcionar a los trabajadores un mejor trato dentro del marco existente. Los obreros manuales son una fuerza con la que hay que contar en la China urbana, aunque resulte difícil evaluar su número; las que parecen mejores estimaciones los sitúan en torno a un tercio de la población registrada[36]. Pero los inmigrantes *sin* permiso de residencia constituyen más de la tercera parte de la mano de obra total en las ciudades, y la gran mayoría de ellos son obreros manuales de la industria, la construcción y la hostelería[37]. Esos dos grupos sumados supondrían pues entre la mitad y los dos tercios de la clase obrera manual en la China urbana. El surgimiento de un poderoso movimiento basado en ese proletariado tendría un tremendo impacto en todo el mundo en vías de desarrollo, pero difícilmente cabe pensar que sea una perspectiva muy probable.

En otros lugares, las transformaciones políticas protagonizadas o encabezadas por partidos obreros parecen aún más improbables, ya sean de carácter reformista o revolucionario. La clase obrera industrial india es

---

[35] Fang Lee Cooke, «The Enactment of Three New Labour Laws in China: Unintended Consequences and the Emergence of "New Actors" in Employment Relations», en Sangheon Lee y Deirdre McCann (eds.), *Regulating for Decent Work*, Basingstoke, 2011; Joseph Y. S. Cheng, Kinglun Ngok y Wenjia Zhuang, «The Survival and Development Space for China's ngos: Informal Politics and Its Uncertainty», *Asian Survey*, vol. 50, núm. 6, 2010.

[36] Li Chunling, «Profile of China's Middle Class», en Li Chunling (ed.), *Rising Middle Classes in China*, cit., p. 96; para otra estimación véase Liu Xin, «Urban Chinese Class Structure and the Direction of the Middle Class», en el mismo volumen, p. 112. Los datos para el análisis estructural están tomados del Informe General sobre China de 2003.

[37] Li Shi, «Rural Migrant Workers in China: Scenario, Challenges and Public Policy», ilo *Policy Integration and Statistics Department Working Paper*, núm. 89, Ginebra, 2008; ocde, *Employment Outlook 2007*, París, 2007.

menor que la china: poco más de la sexta parte de la mano de obra, frente a una cuarta parte en China; todavía siguen predominando el empleo familiar y el autoempleo[38]. Entre quienes reciben un salario regular existe una sindicación sustancial, estimada en el 38 por 100[39]; pero están divididos en doce federaciones sindicales nacionales, las principales de las cuales están vinculadas a partidos políticos. El máximo poder sindical indio hasta la fecha se alcanzó a principios de la década de 1980, pero más tarde sufrió aplastantes derrotas en los principales centros industriales, las factorías textiles de yute en Bombay y Calcuta[40]. Aunque desde entonces se hayan recuperado un tanto, los sindicatos indios no han conseguido afianzarse como un polo de atracción para las grandes masas de los trabajadores pobres.

En Indonesia se ha producido desde la caída de Suharto un resurgimiento de los sindicatos, aunque principalmente en la forma de sindicatos de fábrica, concentrados en el sector formal –que solo representa una tercera parte de la mano de obra– y con un marcado sesgo hacia los trabajadores de cuello blanco, por ejemplo de la banca. Los derechos legales de quienes tienen un empleo regular se han reforzado con la Ley del Trabajo de 2003, pero las organizaciones obreras están lejos de constituir un protagonista social importante; incluso en la economía formal solo están sindicados alrededor de la décima parte de los trabajadores. Los intentos de constituir un partido obrero han fracasado hasta el momento[41]. En 2012 el Primero de Mayo fue celebrado por unos 9.000 trabajadores, flanqueados por 16.000 policías. En Corea del Sur, uno de los pioneros del desarrollo industrial en Asia, es improbable que se dé un movimiento comparable al europeo durante el siglo XX, aunque sus sindicatos siguen teniendo importancia: la feroz explotación de la mano de obra bajo los regímenes militares de la Guerra Fría se convirtió en uno de los puntos de encuentro para la oposición democrática en la década de 1980. Aquél fue también el momento culminante del sindicalismo coreano, que llegó a organizar a una quinta parte de los trabajadores, viéndose desde entonces erosionado por la desindustrialización y el aumento del empleo en

[38] G. Therborn, *The World*, Cambridge, 2011, p. 182.
[39] Anibel Ferus-Comelo, «Unions in India at Critical Crossroads», en Craig Phelan (ed.), *Trade Union Revitalisation*, Oxford, 2007, p. 479.
[40] Sukomal Sen, *Working Class of India*, Calcuta, 1997, p. 464.
[41] Michele Ford, «Indonesia's New Unions», en C. Phelan (ed.), *Trade Union Revitalisation*, cit.

el sector servicios[42]. Una de las federaciones sindicales ha conseguido no obstante crear un Partido Laborista Democrático representado en el Parlamento de Seúl. Cuando visité por última vez Corea en diciembre de 2011 había grandes esperanzas de una fusión entre partidos de izquierda y centroizquierda, pero ese proceso fracasó al final.

La clase obrera rusa que hizo la revolución de 1917 quedó en gran medida destruida en la guerra civil que la siguió, y la nueva creada durante la vigencia de la Unión Soviética quedó fuera de combate tras la restauración capitalista de la década de 1990. Las oleadas huelguísticas de 1989 y 1991 contribuyeron a la caída de Gorbachov, pero la Rusia postsoviética tenía aún menos que ofrecer a sus trabajadores que el antiguo sistema; la esperanza de vida cayó en picado durante la siguiente década. El Partido Comunista sigue siendo todavía una fuerza electoral de cierta importancia, pero se basa en un nacionalismo nostálgico más que en ninguna ideología de izquierdas. Tampoco ha conseguido afianzarse ninguna organización socialdemócrata. La federación sindical rusa sigue siendo grande en cuanto al número de afiliados, pero hace bien poco por proteger los intereses de los trabajadores[43].

En Brasil, el movimiento sindical construido por los obreros industriales de São Paulo creó un instrumento político eficaz, el Partido de los Trabajadores (PT), cuyo candidato fue elegido en 2002, en su cuarto intento, como presidente muy popular del país. El PT ha transformado el panorama social de Brasil, atacando la extrema pobreza, extendiendo la educación a los sectores populares y regularizando la situación de millones de trabajadores, cuyos derechos se ven ahora protegidos por la ley[44]; pero ha sido siempre una coalición de movimientos sociales diversos, cuyos presidentes y ejecutivas regionales tenían que ejercer el poder apoyándose en redes turbias de clientelismo y patrocinio. La actual presidenta, Dilma Rousseff, aspira como he señalado a construir un Brasil de «clase media», no un país de trabajadores o asalariados, pero el país cuenta todavía con la mayor fuerza de izquierdas de los Estados

---

[42] Yoonkyung Lee, *Militants or Partisans: Labour Unions and Democratic Politics in Korea and Taiwan*, Stanford, 2011, pp. 28, 55.
[43] Sarah Ashwin, «Russian Trade Unions: Stuck in Soviet-style Subordination?», en C. Phelan (ed.), *Trade Union Revitalisation,* cit.
[44] La proporción de trabajadores en el sector formal creció del 45 por 100 en 2002 al 50 por 100 en 2008. Janine Berg, «Laws or luck? Understanding rising formality in Brazil in the 2000s», en S. Lee *et al.* (eds.), *Regulating for Decent Work*, cit., p. 128.

«gigantes» del mundo y es el que ofrece las perspectivas más prometedoras para el cambio social.

Sudáfrica es otra potencia económica en ascenso con un fuerte movimiento obrero bien organizado, integrado en la coalición de gobierno que dirigió la lucha contra el *apartheid*. Pero desde que llegó al poder en 1994 el Congreso Nacional Africano ha priorizado el fortalecimiento de una elite económica negra: un ejemplo llamativo de ese proceso es la conversión del antiguo líder minero Cyril Ramaphosa en un prominente hombre de negocios. Pese a una sustancial reducción de la extrema pobreza, la desigualdad era probablemente mayor en 2009 que cuando se desmanteló el *apartheid*[45]. Las grandes huelgas mineras iniciadas en agosto de 2012 fueron organizadas por un sindicato rival de reciente creación; al principio fueron muy duramente reprimidas, utilizándose contra ellas leyes de la era del *apartheid*. Cualquiera que sea el resultado final de esa oleada de huelgas, la hegemonía obrera en Sudáfrica es una perspectiva distante. En otro de los grandes países del continente, Nigeria, la federación sindical decidió en 2002 crear un partido laborista con el apoyo de la Unión Europea y de la Fundación Friedrich Ebert alemana, pero nació prácticamente muerto: el proyecto de partido nunca arraigó entre los miembros de los sindicatos y sus dirigentes pronto optaron por formas más tradicionales de hacer política basadas en el clientelismo[46].

En el mundo actual no se observa ningún avance del movimiento obrero en el sentido clásico, aunque sí podemos detectarlos en otros frentes. El nexo capital-trabajo se está ampliando y seguirá haciéndolo. Podemos esperar que los trabajadores planteen sus propias reivindicaciones al afrontar el nuevo mundo industrial, ganando fuerza mediante la organización y haciéndose más ambiciosos con el tiempo. Quizá sea difícil imaginar una transformación de la sociedad inducida por la Pequeña Dialéctica marxista de la lucha de clases, pero la expansión del capitalismo y el aumento de sus desigualdades mantendrá a la clase obrera en el terreno de la confrontación política durante el siglo XXI.

[45] *The Economist* informa de un coeficiente de Gini de 0,63 en 2009 frente al 0,59 en 1993, aunque puede haber habido diferencias sustanciales en la medición que cuestionan la validez de la comparación directa, *The Economist*, 20 de octubre de 2012.

[46] Björn Beckman y Salihu Lukman, «The failure of Nigeria's Labour Party», en Björn Beckman *et al.* (eds.), *Trade Unions and Party Politics*, Ciudad del Cabo, 2010.

Perspectivas plebeyas

La bandera roja ha pasado de Europa a América Latina, la única región del mundo donde el socialismo está actualmente en la agenda; los gobiernos de Venezuela, Ecuador y Bolivia hablan del «socialismo del siglo XXI». Es también la única región donde predominan los gobiernos de izquierda, gracias al peso de Brasil y Argentina, y donde la desigualdad social está menguando, si bien es cierto que desde niveles tremendos. El «socialismo» de Morales, Correa y Chávez es un nuevo fenómeno político que insiste en su independencia de los modelos euroasiáticos de izquierdas del siglo XX y que a su vez es muy heterogéneo. Obtiene su apoyo de capas sociales muy diversas: los pobres urbanos (chabolistas, trabajadores eventuales, vendedores callejeros); gente de origen indígena o africano; elementos progresistas de las capas medias (profesionales y empleados de cuello blanco). Los obreros industriales están rara vez a la vanguardia: mientras que los restos del proletariado minero boliviano se unió a los cocaleros para respaldar a Morales, la principal federación sindical de Venezuela apoyó en la práctica el intento de golpe de 2002[47]. Los gobiernos de centroizquierda del Cono Sur también tienen una base social heterogénea, pero la clase obrera tradicional y los sindicatos desempeñan en ella un papel mucho mayor, que refleja el mayor grado de industrialización de Brasil y Argentina.

En la ideología de las fuerzas progresistas latinoamericanas se observan muchas corrientes diferentes. Chávez se inspira en el nacionalismo militar de izquierdas de Perú y considera a Fidel Castro como un importante mentor, aunque ha desarrollado su propio estilo de populismo democrático, recurriendo notablemente, si bien de forma selectiva, a la herencia de Simón Bolívar. Morales es un líder indígena de origen étnico mixto que desarrolló sus habilidades negociadoras en el sindicato de cocaleros y que cuenta con la colaboración de un indigenista veterano, su vicepresidente Álvaro García Linera. El ecuatoriano Rafael Correa es un economista de sólida formación influido por la teología de la liberación, rodeado por un brillante equipo de jóvenes pensadores cuyas opiniones van desde el centro izquierda nacionalista hasta el marxismo. Los círculos en torno a Dilma Rousseff, Cristina Fernández de Kirchner y José Mujica están algo a la derecha de los antes mencionados, pero

[47] Héctor Lucena, «Trade Unionism in Venezuela: The Current Situation», en C. Phelan (ed.), *Trade Union Revitalisation,* cit.

son también eclécticos en su pensamiento. En México el movimiento encabezado por Andrés Manuel López Obrador –dos veces derrotado por escaso margen en las amañadas elecciones presidenciales– combina la austeridad republicana con políticas reformistas socialdemócratas.

Puede que América Latina no ofrezca un modelo exportable al resto del mundo en el futuro cercano, pero si se produce alguna transformación social radical en los próximos años, seguramente tendrá más en común con los recientes acontecimientos en esa región que con las experiencias de reforma o revolución durante el siglo xx basadas en un proletariado asalariado, agente social que constituye una pequeña minoría de la población trabajadora en la mayor parte de África y Asia. Los movimientos populares de clase, aunque hayan obtenido cierto poder gracias a la creciente alfabetización y los nuevos medios de comunicación, afrontan grandes obstáculos, en particular las divisiones de etnicidad y religión y entre distintos tipos de empleo; pero solo programas y formas organizativas que tengan en cuenta esos desafíos tendrán alguna posibilidad de unir algún día a esas capas plebeyas.

A escala local ya podemos percibir muchas iniciativas de ese tipo. Los cocaleros bolivianos pudieron aprovechar en la construcción de su movimiento la habilidad y experiencia de los mineros desempleados. Uno de los sindicatos de Maputo, después de que la mayoría de sus miembros perdieran su empleo formal, ha organizado una asociación de vendedores callejeros[48]. No es la primera vez que sucede esto: de hecho, los vendedores callejeros tienen ahora su propia internacional, StreetNet, con sede central en Sudáfrica. En Ciudad de México constituyen una fuerza política que el alcalde debe tener en cuenta. Las mujeres indias que trabajan en la economía informal han establecido sus propias estructuras de ayuda mutua en ciudades como Bombay, Chennai y Ahmedabad, y la Asociación de Mujeres Autoempleadas a escala nacional[49]. Los sindicatos han servido a menudo para organizar amplias protestas populares contra los aumentos de precios y los regímenes autoritarios, como sucedió recientemente en Túnez durante la rebelión contra Ben Ali. Los trabajadores del sector formal están a la cabeza, pero las reivindicaciones sindicales han sido apoyadas por coaliciones sociales más amplias.

[48] Ilda Lindell, «Informal work and transnational organizing», en Andreas Bieler e Ingemar Lindberg (eds.), *Global Restructuring, Labour and the Challenges for Transnational Solidarity*, Londres, 2010.
[49] Véase también Ela Bhatt, *We Are Poor but So Many*, Oxford, 2006.

Un ejemplo sería la campaña por el «sueldo mínimo» en el sector de la ropa confeccionada en Asia, iniciativa trasnacional que surgió en el Foro Social Mundial de Bombay y fue apoyada por sindicatos, organizaciones de mujeres y ONG del desarrollo[50]. En ese contexto la clase se convierte en una brújula de orientación –hacia las clases populares, los explotados, oprimidos y marginados en todas sus variedades– más que una categoría estructural que hubiera que llenar de «conciencia». Las alianzas sociales sobre las que se basarán las futuras transformaciones están todavía por formarse y no se puede asignar por adelantado el «papel dirigente» a ningún grupo; pero sin una brújula de clase es improbable que ni siquiera los mejores movimientos sociales puedan superar las desigualdades del capitalismo moderno.

Podemos así detectar cuatro perspectivas de clase para las próximas décadas, que parecen al menos plausibles a ojos de un sociólogo: consumismo globalizado de clase media; rebelión política de clase media; lucha de clases en la industria –que quizá dé lugar a nuevos compromisos sociales–, sobre todo en Asia oriental; y movilizaciones heterogéneas de las clases populares. El carácter social del nuevo siglo está todavía por determinar, pero la clase será con seguridad de vital importancia.

Nueva geopolítica de la izquierda

La desaparición del socialismo industrial eurocéntrico tiene consecuencias de gran alcance, no solo para la constitución de fuerzas sociales, sino también para su organización. La forma partido –tanto los partidos de masas de la socialdemocracia alemana y el comunismo italiano como la vanguardia leninista más reducida– ha perdido mucho de su atractivo. Los sindicatos fuera de Europa han constatado ya las limitaciones de tales partidos y tratan de engarzarse con movimientos sociales y ONG de diversos tipos. Pero aún las formas organizativas siguen siendo decisivas para alcanzar influencia política. Las movilizaciones de 2001 en Argentina tuvieron un mayor impacto que las de los indignados españoles una década después, principalmente porque disponían de un mecanismo político progresista: la izquierda del movimiento peronista. Los Hermanos Musulmanes, tan tenazmente organizados, han resultado vencedores en la primera etapa de la revolución egipcia.

[50] Jeroen Merk, «Cross-border wage struggles in the global garment industry», en A. Bieler y I. Lindberg (eds.), *Global Restructuring*, cit.

No deberíamos dejarnos llevar por la capacidad supuestamente asombrosa de las redes de Internet para movilizar los apoyos fuera de los canales habituales de la vida política[51].

Teniendo eso presente, conviene atender no obstante a la poderosa nueva dinámica evidenciada en los últimos años, durante los que hemos visto el surgimiento de redes laxas descentralizadas, desde las franquicias de Al Qaeda y el Tea Party hasta los movimientos de protesta de izquierdas en 2011. Las organizaciones sin líderes en «estrella de mar» están siendo debatidas intensamente en la literatura de gestión más reciente[52]. El carácter «no jerárquico» de tales organizaciones no es intrínsecamente democrático y progresista, como muestran los ejemplos citados; pero la discusión colectiva y la autonomía individual son indudablemente legados vitales de 1968 que deben formar parte de cualquier proyecto de izquierdas. Ideológicamente, los nuevos movimientos combinan rechazo y pragmatismo. La indignación producto del moviliza a mucha gente, aunque por razones muy variadas: supuestos insultos a la fe islámica han inspirado protestas en muchos países árabes; los programas de alivio de la deuda hipotecaria y los seguros sanitarios para los «perdedores» de bajos ingresos provocan la ira de los seguidores del Tea Party; el movimiento Occupy explota la irritación popular por los rescates de los bancos y la caída del nivel de vida bajo un régimen capitalista corrompido por el clientelismo. El rechazo proporciona a esos movimientos coraje y militancia, creando una dinámica de conflicto, mientras que su pragmatismo los lleva a evitar querellas doctrinales y mostrar flexibilidad táctica. La formulación más eficaz de las perspectivas de izquierda tras la época del socialismo industrial está todavía por descubrir; pero incluirá con seguridad la oposición a la desigualdad y a la arrogancia imperial y defenderá el derecho de todos a operar libre y plenamente.

El protagonismo de la clase obrera durante el siglo xx fue un fenómeno principalmente europeo, surgido en el seno de su sistema familiar, con sus débiles lazos de parentesco extendido y la autonomía relativa de los jóvenes, de los que se esperaba que formaran sus propias familias al llegar a la edad adulta sin mantener las tradicionales obligaciones hacia sus mayores, lo que facilitó una rápida y masiva conversión a las nuevas ideas y prácticas sociales. La vía europea a la modernidad abrió un

---

[51] El importante y oportuno estudio de Manuel Castells *Networks of Outrage and Hope*, cit., no es quizá inmune a esa tentación.
[52] Elizabeth Price Foley, *The Tea Party: Three Principles*, Cambridge, 2012, p. 218.

espacio social único: el conflicto interno entre las clases se desarrolló en Estados-nación relativamente homogéneos, donde la religión tradicional se veía debilitada por sus lazos con los *anciens régimes* derrotados. El desarrollo capitalista dio lugar a una clase obrera que contaba con una extensa alfabetización preindustrial y con las tradiciones artesanales de organización gremial. Debido a la posición hegemónica de Europa, su modelo de política de clase se difundió con facilidad en otros continentes de la mano de los emigrantes pobres a Oceanía o las Américas y por los canales imperiales de información y educación; y también, sin que fuera lo menos importante, gracias al contramodelo antiimperialista de la Unión Soviética. Ese modelo de política de clase arraigó en todos los rincones del planeta, pero su contenido se transformó al introducirse en las sociedades no europeas. El movimiento obrero fue el regalo de Europa al mundo. Inspiró fuerzas poderosas e innovadoras en todos los continentes, desde los partidos agrario-laboristas de Norteamérica hasta la nueva teorización de Mariátegui sobre la cuestión indígena en Perú; desde los intentos de forjar un socialismo árabe o africano hasta la movilización de los campesinos chinos y vietnamitas por sus partidos comunistas bajo la bandera de la independencia nacional. Ese legado no se ha evaporado totalmente, como hemos visto; pero Europa ya no puede ofrecer una perspectiva global de emancipación, desarrollo y justicia, porque tales visiones no se hayan siquiera presentes en el propio continente europeo.

La izquierda del siglo xx tenía dos fuentes principales de inspiración: una de ellas se situaba en Europa occidental, sobre todo la Francia de la Revolución y la Alemania del movimiento obrero marxista. Representaba el inminente futuro de la región más desarrollada y poderosa del mundo, que ofrecía ideas y programas, principios organizativos y modelos de cambio, así como un importante apoyo material: Francia estaba abierta a los exiliados radicales de cualquier país; el experimentado y bien organizado movimiento obrero alemán ayudó a financiar a sus hermanos más pobres (la Fundación Friedrich Ebert sigue haciéndolo hasta hoy día). La otra fuente se situaba en la periferia del poder y la riqueza global, donde la revolución se produjo bajo el liderazgo de corrientes políticas inspiradas por el marxismo europeo. La Unión Soviética fue el primer y mayor de esos centros, siguiendo su ejemplo China y Cuba. Ofrecía a los aspirantes a revolucionarios de todos los países modelos para tomar el poder y transformar la sociedad, y también ayuda financiera directa. Actualmente es América Latina –con sus complejas configuraciones

sociales y *bricolajes* ideológicos– lo más parecido que se tiene hoy a un centro mundial, sin que tampoco dé para mucho: la izquierda del siglo XXI será casi seguramente descentralizada, y por otra parte América Latina es probablemente una región demasiado pequeña para convertirse en un faro planetario, incluso si los cambios sociales que se están produciendo allí se consolidan y maduran hasta su límite máximo. Para que una nueva izquierda tenga una auténtica importancia global tendrá que echar raíces más profundas en Asia.

Estamos asistiendo al nacimiento de una nueva era: se están configurando nuevas relaciones de clase y nación, de ideología, identidad y movilización y de política de izquierdas global. El final de la Guerra Fría no trajo «dividendo de paz alguno», sino meramente un nuevo ciclo de guerras. El triunfo del capitalismo occidental no fue seguido por la prosperidad universal, sino por una creciente desigualdad y crisis económicas recurrentes: Asia oriental, Rusia, Argentina, y ahora la turbulencia euro-estadounidense en marcha. Las preocupaciones clásicas de la izquierda –imperialismo y explotación capitalista, jerarquías opresivas de género o etnia– se han reproducido en el nuevo siglo. La lucha proseguirá; de eso podemos estar seguros. ¿Pero quién estampará en ella su sello, la nueva clase media o las masas plebeyas?